

LA FAMILIA PRIMERA COMUNIDAD CREYENTE

Crear es adoptar una forma de vivir, y como a vivir se aprende en los primeros años y en familia, es entre ellos donde la persona vive la primera comunidad creyente. En ella se transmite a los hijos que Dios está con ellos, en su rincón secreto, en el trabajo y en el cansancio, en la alegría, en el dolor, en los éxitos y en los fracasos. Le contagia la capacidad de encontrarlo en soledad y entre la multitud y le impulsa a comprometerse en facilitar la vida a los otros y en construir el Reino de Dios, ese estilo de vida en el que todos seamos felices.

Y esa comunidad familiar lo hará mejor si se une a otras familias, personas o grupos con los que formar una comunidad mayor para convertirse y compartir el camino que haga la marcha más llevadera. Así se comparte el proyecto de vida personal y el común y se transmiten fuerzas, corrigiéndose cuando sea necesario y estimulándose a dejarse animar por el Espíritu para el bien común.

En la familia es donde se adquiere el hábito de los pequeños gestos de amor y de ternura, los sacrificios que benefician al otro, las generosidades y el compartir. También en la vida familiar se aprende a cuidar, ya desde muy niño, a reír, a trabajar y a descansar. Tienen que saber los niños que Dios es el impulso que nos lanza hacia los demás y nos convierte en un permanente regalo.

El colegio también complementa la educación religiosa de los niños, pero como no tengan una base sólida, una tierra abonada por los padres, para que germine, suelen abandonar pronto la comunicación con Dios.

La base de la familia es el amor, se vive en familia para ayudar a que todos se cumplan, a que cada uno sea él mismo y cubrir sus necesidades básicas. Cuando todos tienen cubiertas sus necesidades físicas, de cobijo, vestido, alimento y descanso, hay que ocuparse también de las necesidades mentales de cada persona que son:

Amar y ser amado: Que se sienta querido y aprenda a decir el cariño. También la comunicación con Dios es una historia afectiva, que cuando se expresa y se celebra alegra el corazón y dinamiza la vida de la familia. Hablar a los niños del amor de Dios les da seguridad, rezar por otras personas les contagia fraternidad, compartir les enseña solidaridad y justicia, acostarles explicándoles que Dios está dentro de ellos y les envuelve con su amor les sana de todos sus miedos y les alegra el corazón al sentirse personas habitadas. Dar gracias a Dios por ellos aumenta su autoestima y seguridad para la vida. Saberse amados por Dios les ayuda a gozar del abandono en Él. A los adultos nos ocurre lo mismo que a los niños en la relación con Dios, que cuando lo compartimos con otros nos fortalecemos en la fe y en la lucha por la justicia y la construcción del Reino de Dios y la familia posee en sí misma capacidades para sanar a todos.

Ser válidos: Valorar unos y otros el trabajo de los demás, agradecer los detalles, expresarlo con frecuencia y, desde muy niños, enseñarles que todos somos valiosos en la vida familiar, ya que todos aportamos algo, sea material, afectivo, relacional... Cada uno tiene su papel en ese engranaje que es la familia y hay que explicitarlo para que unos y otros, en las diferentes edades que se comparten en el hogar, saquen lo mejor de sí mismo para aportación a la vida familiar y desde allí al mundo exterior. La vida familiar es una fuente de seguridad y autoestima o puede llegar a ser todo lo contrario, si no se valora lo que cada uno es en sí mismo y aporta al común. Y como estamos en el tema religioso, hay que agradecer al que ha

provocado una oración, una participación a algún acto solidario o ha hecho que todos recordáramos en la oración algo o a alguien. Muchos compromisos sociales familiares han llegado a la familia por unos hijos a los que el evangelio les ha impulsado a comprometerse. Eso hace sentirse válidos a unos y a otros, al vivir la justicia y la construcción del Reino de Dios.

Ser autónomos: El valor de la autonomía, es decir el que la familia promueva la independencia de sus miembros, es una cualidad importante que sana a los individuos. Somos seres en relación, hemos nacido para el encuentro, pero también cada uno somos un ser único e irrepetible, que la familia tiene que potenciar. Cuando de un “clan salen clones” es mala señal. La familia debe impulsar la diferencia y vivirla como enriquecimiento. Cada uno nace con unas cualidades, unos carismas, o unos valores. La familia ayudará a que ese miembro crezca y se desarrolle y también a que viva su propio proceso vital y espiritual, que no tiene por qué ser igual al de los demás.

Pertenecer: Necesitamos sentir que pertenecemos a los nuestros, que nos echan de menos, que somos parte de su vida, de una cultura y de una forma de vivir. Pero también la vida familiar nos ayuda a pertenecer a grupos que nos relacionan con otras personas, nos socializan y nos complementan. La pertenencia a la iglesia, al grupo de amigos, al colegio o a la parroquia nos enriquece como personas. Rezando junta la familia construye un entramado sutil de relación que hace sentir un impulso de vida y cercanía, así como de envío a ser buena noticia, a vivir cada uno su misión, a salir a contarlo a otros. Cuando en la vida espiritual la familia se pide perdón unos a otros, se sanean las relaciones y se fortalecen los vínculos. Se me olvida el humor. El reírse juntos en la vida familiar es de las cosas que más sanan. Hay que tomarse a uno mismo menos en serio, bromear con los propios defectos e incongruencias y así dejarse cuestionar con los otros, sin susceptibilidades ni malos humores.

Y otro sentido de pertenencia que tenemos los creyentes es que formamos parte de la iglesia, la gran familia de los hijos de Dios y, además, no podemos vivir en comunión íntima con Jesús sin ser enviados a nuestros hermanos que pertenecen a esa misma humanidad, a esa familia que Jesús aceptó como suya y que es obligación de todos hacerla mensajera de liberación para el ser humano y oferta de compromiso por la justicia para todos los cristianos..

No cabe duda que cuando una pareja siente que Dios forma parte de su amor, se les nota, lo expresan y lo transmiten a los hijos y estos sienten que viven siempre acompañados, que se reza, se bendice, se comenta, se cuestiona y se celebra la vida. Y en muchos casos estos padres jóvenes han tenido un encuentro con Dios ya en su niñez, en una familia religiosa. Además, el vivir la fe les mantiene en unos valores y un talante solidario, comunicativo y fraterno que les impulsa a crear el reino de Dios aquí y ahora, viviendo en solidaridad y justicia. Y si, también tienen la suerte de tener una comunidad con la que compartir la vida, su fe y el compromiso posterior, será un impulso para crecer juntos, aun conservando cada uno su propio estilo personal y único.

Mientras escribo este artículo recibo la invitación al “bautizo civil” del nieto de una amiga, mujer de fe profunda, que respeta silenciosamente el que sus hijos hayan montado la gran fiesta del bautismo de su hijo, con padrinos y todo...

Mari Patxi